

## RECUERDOS DE DON PEDRO GODOY

*Profesor Rodrigo Flores*

Señor Decano, señoras, señores:

Hace diez años que desapareció una de las personalidades más relevantes y singulares de nuestro medio. La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas ha querido honrar la memoria de don Pedro Godoy Pérez, colocando un retrato suyo junto al de otros personajes ilustres en esta sala de sus reuniones habituales.

En el homenaje que la Facultad rinde a su antiguo maestro, Decano y Rector de la Universidad, me ha cabido la honrosa responsabilidad de hacer su recuerdo. Esta tarea, compleja por la dificultad de captar la personalidad de hombre tan vasto, se ve aligerada por lo grato que me es hacer la semblanza de mi maestro amado y venerado.

Nació en Quito en 15 de febrero de 1886. Su padre, don Domingo Godoy Cruz, era entonces Embajador de Chile en el Ecuador. Su madre, doña Victoria Pérez, pertenecía a la alta sociedad de Bogotá. Remontándose por la estirpe de los Godoy, se ve desfilar una pléyade de esforzados militares y hombres de derecho pertenecientes a una familia de la clase alta criolla y de tradiciones bien conservadas. Eran gente de austera y orgullosa dignidad; no fueron favorecidos por el dinero ni se empeñaron en coquistarlo; mantenían una actitud independiente, a menudo opositora y sus ideas más de alguna vez fueron consideradas como demasiado avanzadas para su época. El padre de don Domingo Godoy, don Pedro Godoy Palacios, fué general de la Independencia, descendiente de familia cuyana que provenía de la provincia de Tucumán y retrocediendo en el pasado ligada a La Serena donde llegó en el siglo XVI don Francisco Godoy, capitán cordobés, conquistador, lugarteniente y yerno de Francisco de Aguirre.

Ciertos rasgos de austeridad severa, de disciplina y responsabilidad de rectitud y lealtad, de dignidad e independencia que habían sido celosamente conservados en la tradición de la familia, sin duda, contribuyeron a la formación de la personalidad de don Pedro Godoy y son característicos de él.

Tuvo don Pedro dos hermanos: don Domingo nacido en 1884 y doña Matilde en 1887, año en que la familia se traslada a Santiago.

En 1890 sucumbe la madre en el acto de la maternidad. Este primer golpe del destino que sacude al niño cuando sólo cuenta con 4 años era sólo el primero de una cadena que iba a ensombrecer toda la infancia de don Pedro. En 1891, la revuelta fratricida encuentra a su padre en el cargo de Ministro del Interior del Gobierno de don José Manuel Balmaceda.

La revolución triunfante significó el ostracismo del padre y el saqueo e incendio del hogar. La visión de las llamas que se elevan al cielo consumiendo los

objetos que le eran familiares y el oprobio y las humillaciones de la derrota deben haber influido para plasmar la personalidad del niño. El amor para con los humildes, la comprensión de los miserables, de los humillados y de los ofendidos fueron tal vez la misericordiosa compensación por los horrores que le tocó padecer.

Con el padre en el exilio, el niño huérfano ya de madre, conoció la pobreza. Por poco tiempo queda al cuidado de tres tías y luego en un internado pierde completamente el ambiente familiar.

Todas estas impresiones, grabadas en su alma sensible, despertaron su amor por la soledad, su intransigencia por las injusticias sociales y el hábito opositor y rebelde del hombre marginal que no se entrega o identifica por completo con el ambiente.

Luego de asistir por tres años a una escuela primaria don Pedro Godoy habría de encontrar en el Instituto Nacional, donde ingresó el 96, un verdadero hogar. En su condición de interno, el trato continuado con sus condiscípulos, inspectores y profesores, debe haberle comunicado un poco de ese calor humano del hogar, hacía tiempo olvidado y que tanto necesitan los niños para su estabilidad emocional. Allí vivió durante 12 años; seis como estudiante de humanidades y seis como inspector y profesor de idiomas mientras atendía a los cursos de ingeniería. Su permanencia en este plantel educacional, que le permitió un contacto prolongado con maestros de verdadera estampa, tuvo una marcada influencia en el carácter en formación de don Pedro Godoy. Recordaba con cariño a sus profesores: don Juan Nepomuceno Espejo, don Antonio Diez, don Carlos Cornish, el doctor Ricardo Pönisch, don Diego Torres, don Carlos Olavarrieta, don Rogelio Torres, el doctor Fuenzalida Grandón, don Joaquín Cabezas y don Diego Barros Arana. Ellos lo introdujeron en el conocimiento y método de las ciencias y lo incorporaron a la cultura de los idiomas y de la historia; lo acostumbraron a discutir con espíritu crítico y a desdeñar los prejuicios usuales. Contribuyeron así a sus inclinaciones hacia la ciencia físico-matemática, que lo condujeron a la profesión de ingeniería, más bien desestimada en el medio de juriconsultos, políticos y militares que era el de su familia, y hacia las ciencias biológicas, que lo inclinaron por un año a estudiar medicina y más tarde a cultivar la zoología y como pasatiempo de su predilección la botánica.

Contribuyeron también a disolver la explicación teológica autoritaria del orden social que debió recibir en el seno de su familia, donde predominaban opiniones tradicionales y a prepararlo a la recepción de las ideas revolucionarias de la época.

Su inclinación por la enseñanza data de estos primeros años pasados en el Instituto Nacional. Cuentan sus condiscípulos que don Pedro repasaba los conocimientos adquiridos en las clases, explicándole a sus compañeros en los recreos, las materias tratadas por el profesor.

Don Pedro Godoy cursó sus estudios superiores entre el año 1902 y 1907 y recibió su título profesional el año 1910. En aquel entonces la carrera de ingeniero duraba cinco años. Don Pedro fué suspendido un año por razones disciplinarias cuando ingresaba al cuarto, tiempo que empleó para cursar el primer año de medicina. Enseñaban en aquella época en la escuela un grupo de profesores extranjeros contratados, entre los que se destacaban don Carlos Köning, en resistencia de materiales, y don Gerardo von Brokman, en hidráulica.

Grande debe de haber sido la comunidad de espíritu que se estableció entre el profesor de resistencia de materiales y su alumno, porque muy grande fué el amor que por esta ciencia profesó don Pedro Godoy. Recuerdo vívidamente el encuentro entre Köning y Godoy, que me tocó presenciar en 1936 en Lieja cuando yo era egresado de ingeniería y un integrante de una delegación de profesores y alumnos que presidía don Pedro. La alegría y emoción de ambos al verse después de 20 años, es la que sólo experimentan los amigos consagrados.

Enorme fué la influencia que sobre la formación de los profesionales ingenieros ejerció este grupo de profesores extranjeros; ellos introdujeron en nuestro país los métodos modernos de la técnica de comienzos del siglo y le dieron jerarquía y consistencia a los estudios de la carrera.

Don Pedro fué uno de estos profesionales formado en esta escuela; Ingenieros que debieron afrontar la construcción de importantes obras públicas: de ferrocarriles, caminos, puentes y obras hidráulicas y que, en general, prefirieron ser funcionarios antes que organizadores de empresas.

Tal vez debido a esta formación y siguiendo el ejemplo de sus maestros se advierte en don Pedro Godoy una tendencia profesional más inclinada a lo científico que a lo tecnológico.

Don Pedro Godoy, mientras estudiaba, tuvo la suerte de trabar amistad y crear vínculos duraderos con algunas personalidades distinguidas pertenecientes a la clase alta, emancipada de la tradición teológica autoritaria que la Colonia había legado a la sociedad santiaguina y que, en el ejercicio de las profesiones liberales y a través de su opinión ilustrada, mantenían una conciencia alerta y crítica ante los problemas sociales y culturales que ya entonces comenzaban a hacer crisis.

Los Barros, los Puelma y los Lagarrigue completaron la educación liberal y racionalista que habían iniciado sus profesores del Instituto. Especialmente influyeron doña Elisa Puelma de Barros Borgoño, que fué como una madre para él; don Diego Barros Arana, su maestro; don Juan Enrique Lagarrigue, que le conoció muy joven, y don Carlos Lagarrigue, que llegó más tarde a ser su suegro. La concepción positivista: de la necesidad del progreso, de la eficacia teórica y práctica del saber científico, de la inutilidad de las explicaciones nebulosas de la metafísica y de la injusticia del régimen social autoritario de los privilegios de clases, que frecuentaban las opiniones de ese medio, fueron sin duda formativas de las suyas propias.

Las teorías del positivismo religioso de los hermanos Lagarrigue, cuya influencia se prolongó más tarde a través de su esposa, sobre la superioridad de la cultura de la humanidad ante los caprichos del individuo, sobre el predominio de los sentimientos altruistas y sobre la educación moral del sentimiento, debieron influir paulatinamente en su espíritu.

Siendo estudiante de ingeniería tomó contacto con grupos de obreros que enarbolaban el incipiente movimiento sindical en Chile, revistiéndolo de una filosofía social confusa y heterogénea: se daban ahí diversos matices del pensamiento pro reforma social, desde los comunistas anárquicos, hasta los socialistas reformistas, desde los demócratas liberales, hasta los gremialistas apolíticos; se vivía un período de discusiones teóricas y de optimismo incontenido. Obreros más instruí-

dos y emigrantes foráneos ya incorporados al movimiento sindical de países más maduros, iniciaron la agitación sembrando la semilla revolucionaria en el proletariado que con el desarrollo de la minería y de las obras públicas comenzaba a tomar conciencia de sí mismo.

A estos grupos obreros, ávidos de cultura, se acercaron algunos jóvenes intelectuales. En este medio don Pedro conoció en las obras de Kropotkin sus opiniones acerca de la supresión de los medios coercitivos de opresión y de las condiciones económicas determinantes de los privilegios e injusticias, su teoría del consentimiento voluntario y responsable y del libre y común acuerdo, su fe en la bondad humana liberada de las coerciones de la autoridad y de las formas artificiales de la disciplina y la legislación, su crítica al sistema económico del lucro y al sistema político del predominio de la clase rica, su encendida esperanza en el poder creador de la ciencia y en el progreso social basado en la sociabilidad espontánea de hombres libres e iguales, su desdén por las denominaciones que dividen y clasifican al prójimo y su profunda confianza en los valores universales del espíritu humano. Toda esta filosofía vino a dar una explicación y una solución a su visión crítica del panorama social y a señalarle un destino generoso a sus anhelos de justicia.

La figura de Tolstoi con su inmenso fervor evangélico lo conmovió también profundamente hasta lo más íntimo de su ser.

Ya en 1905 don Pedro participó en agitaciones y protestas públicas e intervino como orador en concentraciones callejeras; en 1907 estuvo detenido por actuaciones semejantes. Por ese entonces, valiéndose de sus ahorros, compró una pequeña imprenta donde editaba obras de Kropotkin y propaganda anarco-comunista.

Mantenia correspondencia con líderes anarquistas europeos y era colaborador de la revista "Les Temps Nouveaux". Conoció entonces a su fiel amigo Augusto Pinto, puro como él de corazón. Colaboró haciendo clases de física y biología en la primera Universidad Popular, donde acudían los obreros impulsados por el vehemente deseo de aprender y comprenderlo todo.

Estos fueron años en que don Pedro entregó sus mejores energías a la noble tarea de educar a los obreros y compartió con ellos pan, anhelos e inquietudes.

Gradualmente la profesión, la vida familiar y el hábito de una actitud cada vez más desprejuiciada y científica, a más de cierta discreta dosis de desencanto escéptico, fueron apartándolo de los partidismos ideológicos.

El movimiento estudiantil del año 20, con un contenido doctrinario mejor definido que el del año 1905, a consecuencia de la revolución triunfante del 17, fué un rebrote de la misma preocupación de las generaciones jóvenes de la clase intelectual en un anhelo de justicia por el destino del proletariado y en la búsqueda de formas nuevas de convivencia social.

Don Pedro no estuvo ajeno a este movimiento, pero su influencia más que todo se hizo sentir por el enorme ascendiente moral que ejercía sobre las personas que llegaban a conocerle de cerca.

Así lo vemos actuar en la Universidad Popular Lastarria que funcionó en 1918, en la Asamblea de la Alimentación Obrera de 1919 y en el movimiento de resistencia a la movilización general preparada por el gobierno, sin otro objetivo que el de conjurar el creciente desequilibrio interno.

De esta época data su amistad con Santiago Labarca, Juan y Pedro Gandulfo, Laín Diez, González Vera, Daniel Schweitzer, Pedro León Loyola y Carlos Vicuña.

Comentando las convulsiones políticas del año 20, don Pedro Godoy escribe:

"Necesitamos sobre todo crear una estabilidad a base de justicia y reconocimiento de los derechos y deberes recíprocos. Hay bastante que hacer en organizar industrialmente al país, en higienizarlo, en dotarlo de medios de transporte, en educarlo y en penetrarlo de un concepto relativo para que el desbordamiento de intolerancia apasionada, en cualquier sentido, no lo hunda más aún".

En 1920 contrae matrimonio con doña Aurora Lagarrigue, hija de su viejo amigo don Carlos Lagarrigue, mujer enjoyada de méritos, cuya compañía fué sin duda para don Pedro el mejor estímulo y el más alto premio que pudo encontrar en este mundo de valores tornadizos. Ella le dió tres hijos que siguen promisoriamente el ejemplo de sus mayores.

Las actividades profesionales de don Pedro Godoy se inician en 1907, desempeñando sucesivamente los cargos de dibujante primero e ingeniero ayudante en la Inspección de Ferrocarriles.

En 1908-09 desempeña una comisión en el istmo de Ofqui. De 1910-11 actúa como ingeniero primero en las obras del ferrocarril en construcción de Saboya a Capitán Pastene con residencia en Lumaco.

En 1911 lo encontramos de ingeniero de sección en el ferrocarril en construcción de Púa a Traiguén y al año siguiente como ingeniero jefe de la misma obra.

En estos trabajos en el terreno, a través de un contacto continuado con los obreros, pudo don Pedro dar libre expresión a sus elevados sentimientos altruistas de amor al prójimo. Por aquellos tiempos se dejó caer el brutal azote de la influenza que tronchó muchas vidas preciosas. La epidemia se hizo presente también en el campamento donde eran jefes don Domingo Durán y don Pedro Godoy, causando algunas víctimas y mucha ansiedad. Los jefes sin dilación hicieron acudir al médico del pueblo más cercano. Una nota ingrata se produjo cuando las autoridades en Santiago, no encontrando justificado el gasto en que incurrieron los ingenieros en la faena, prácticamente obligaron a ellos a pagar el honorario del galeno. Esta situación molestó sobremanera a don Pedro, que se trasladó a Santiago con el propósito de seguir un curso de enfermero para capacitarse y poder dar personalmente atención a sus enfermos. Lo encontramos de vuelta al campamento algunos meses más tarde, entregado a una actividad febril. Durante el día desempeñándose como un eficiente ingeniero; al atardecer visitando a los obreros enfermos, colocando inyecciones, repartiendo medicinas para el cuerpo y bálsamos de bondad para las almas.

Más aún: poseído de un inextinguible deseo de superación mantenía hasta muy avanzada la noche la luz temblorosa de su carpa, mientras con ayuda de un diccionario alemán-castellano descifraba afanosamente unos versos de Schiller. Su gran facilidad para los idiomas le permitió desentrañar pronto los misterios de la lengua alemana. Algún tiempo más tarde, inspeccionando obras de ferrocarriles, trabó conocimiento con el ingeniero Goldrad, de la Ausburg Nürnberg Maschinen Fabrik, Compañía General de Construcciones, quien al informarse del procedimiento para aprender alemán de don Pedro Pedro, junto con reconocer el

grado de avance alcanzado y quedar admirado por su personalidad, le ofreció de inmediato un puesto en su compañía.

Aceptó don Pedro el nuevo cargo que le permitiría completar sus conocimientos técnicos. El día de su traslado en la estación de Lumaco reinaba una extraña agitación; todos los obreros de la vía con sus mujeres y niños acudían a despedir a don Pedro. Esos hombres rudos, curtidos en las más duras experiencias de la vida, lloraban de emoción al decirle adiós al jefe, al ingeniero, al protector, al santo.

Un año solamente estuvo en esa compañía como ingeniero en la construcción de los puentes de la línea de Rucapequén a Tomé.

Sus inquietudes lo llevaron a trabajar los años 1913 y 14 como ingeniero primero inspector de la albañilería submarina en la construcción del dique número dos de Talcahuano. Allí dió nuevas pruebas de su extraordinario sentido de la responsabilidad. Es el primero en entrar en las campanas de aire comprimido, para sentir en carne propia, antes que sus obreros, los efectos fisiológicos de la mayor presión del aire. Se expuso demasiado a las consecuencias nocivas de la sobrepresión, lo que le produjo una afección crónica a los oídos. Ingresa a la Empresa de los Ferrocarriles en 1914, ocupando diversos cargos hasta 1929.

Ocupa los cargos de:

Ingeniero de distrito de Linares, 1914-18.

Ingeniero de estudios en proyectos de hormigón armado.

Ingeniero de Departamento de Vías y Obras, 1918-21.

Ingeniero de la Comisión de Estaciones, 1921-23.

Ingeniero jefe en estudio de señalizaciones eléctricas, 1923-29. En 1924 fué enviado en comisión a los EE. UU. para estudiar y recibir los materiales de señalización de nuestros ferrocarriles.

En su paso por el Departamento de Ferrocarriles, de Obras Públicas y por la Empresa de Ferrocarriles se caracterizó su labor de ingeniero por la profundidad de sus estudios y por la justeza de sus conclusiones.

Particularmente eficiente era en la consideración de los problemas complejos. Con sentido crítico acendrado, espíritu científico y amor por el trabajo lograba solucionar los problemas más difíciles.

En 1929 ingresa a nuestra Facultad como profesor de proyectos, logrando crear una tradición de trabajo y seriedad en los proyectos finales para optar al título de ingeniero.

En 1930 agrega a sus funciones la de profesor de resistencia de materiales. ¡Con qué cariño se dedicó a la docencia superior! Estudiar era para él una de sus actividades más dilectas. No era un expositor brillante, pero sabía darle un interés extraordinario a su curso. No siempre era fácil seguirlo, porque era poco explícito. Sin embargo, los alumnos se sentían muy pronto atraídos hacia él; les impresionaba su personalidad y su figura majestuosa y rápidamente le reconocían la calidad de un gran maestro. Es como si se retratara en la cita siguiente, escrita en 1932: "Educar es infundir personalidad y los que carecen de ella pierden su tiempo en la carrera de la enseñanza, por más que se repletan de ciencia y que profundicen los métodos pedagógicos. Existente esa cualidad congénita que es tan escasa, el resto viene por añadidura y es sólo una cuestión de adaptación inteligente".

En 1939 inaugura el curso de estructura de hormigón armado en el sexto año. Su actuación como profesor en nuestra escuela fué decisiva para la estructuración de los cursos de resistencia de materiales. El les dió la fisonomía que tienen hoy día. Supo crear una tradición en la elección de sus ayudantes, algunos de los cuales son hoy profesores del ramo.

La cantidad inmensa de materia que enseñaba en los cursos es algo que abisma, sin contar el hecho de que raramente exponía el programa en dos años distintos, de la misma manera. Estaba continuamente innovando, manteniéndose constantemente al día en las materias que enseñaba.

Mientras se desempeñaba en la docencia superior en 1931, los sucesos que siguieron a la caída del general Ibáñez y el prestigio que gozaba entre los alumnos, lo encumbraron al rango de Ministro de Educación.

Fuó un ministro singular.

Concedía largas audiencias y escuchaba con atención los problemas que los profesores le planteaban. Le interesaba por igual el gran colegio de la ciudad o la humilde escuela pública de la aldea. El subsecretario estaba desolado porque el ministro estudiaba demasiado cada informe y firmaba pocos documentos. Había buenas razones para proceder así en aquellos momentos tumultuosos. Un cierto sujeto del ministerio que en su juventud había profesado ideas libertarias, pero que posteriormente había considerado útil revisarlas, fué a saludar al nuevo ministro. Don Pedro no lo recibió y le hizo avisar por su secretario que le solicitaba la renuncia. Fué la única renuncia que pidió.

Se aleja de su cargo de ministro porque no está de acuerdo con las medidas drásticas que el gobierno quería aplicar por la sublevación de la marinería.

Al abandonar la Cartera de Educación se le oye comentar que sus funciones habían sido muy interesantes y expresa su deseo de tener algún día el cargo de inspector de escuelas primarias; pero siempre que pudiera contar con un caballo para movilizarse. En esa función, sin duda, se superponían para él, agrados de diversa índole. Le permitiría oír, conversar, analizar y hacer un poco de cura de almas en esa clase del magisterio que en general está tan desamparada.

Con su caballo podría vagar por los campos, admirar la naturaleza y los fenómenos naturales y sentirse libre. Tendría tiempo para estar consigo mismo y continuar con su diálogo interior. A pesar suyo era un sentimental.

Fué Decano de la Facultad y Rector de la Universidad entre los años 1931-32, durante un corto período que se caracterizó por la inquietud estudiantil frente a la reforma universitaria. Supo con singular tino conciliar en aquella época azarosa el sistema de disciplina con la comprensión de las justas peticiones de los alumnos. En una publicación de aquel entonces, escribe: "La opinión del alumno debe ser tomada en cuenta por medio de un órgano que funcione sistemáticamente, de modo que la expresión de la opinión pierda el carácter de rebeldía". Sobre la disciplina de la enseñanza anota: "La disciplina sólo puede basarse en nociones, sentimientos y propósitos comunes".

Después de 1932, encontramos a don Pedro Godoy consagrado en forma exclusiva a la docencia, lo que le significó también disponer de más tiempo para entregarse a otras actividades de su predilección. Así es como se hizo un bibliófilo y frecuentador de librerías. Su biblioteca, que asciende a más de 8,000 volúmenes,

está hoy día en la Escuela de Ingeniería como elocuente testimonio de esa sed de conocimientos que sólo sienten los que mucho saben.

En 1936 presidió una delegación de egresados de ingeniería que realizó una jira de estudios por diversos países de Europa. Tuve la dicha de participar en aquel viaje inolvidable, donde don Pedro como jefe de la delegación era como un compañero de más edad que nosotros. Sus oportunos consejos, su rectitud y justicia para resolver cualquiera dificultad y esa alegría que lo animaba en el contacto con los jóvenes, reflejo de su alma sana, hacían de don Pedro el jefe querido y respetado de todos.

Desde 1941 hasta su muerte se desempeñó en la Corporación de Fomento primero, y luego en la Endesa como consultor técnico en problemas de estabilidad. Allí entre sus ex alumnos siguió entregando con igual devoción las luces de sus conocimientos superiores y las simientes de su ya fecunda experiencia.

Su afán por el conocimiento y su amor por la naturaleza lo llevaron a interesarse vivamente por la zoología y, principalmente, por la botánica. Fué miembro activo y en ciertas oportunidades presidente de la Sociedad Chilena de Historia Natural. Fué, también, miembro de la Sociedad Chilena de Entomología. Su interés por conocer en forma científica el pasatiempo de su predilección lo llevó a asistir como alumno de cursos libres de Botánica en la Escuela de Farmacia.

En sus últimos años lo encontramos colaborando en el Liceo Experimental Manuel de Salas que, bajo la dirección de doña Irma Salas y un grupo de profesores jóvenes, entusiastas y capaces, inauguraban en la enseñanza secundaria los principios educacionales de la enseñanza renovada, los que le eran afines y a los que le ligaban su contacto con la enseñanza y su interés por la educación.

El 8 de diciembre de 1944 nos deja don Pedro Godoy silenciosamente, en el mismo silencio augusto de toda su vida.

Analizar la obra de don Pedro Godoy es tarea difícil, porque su gama de intereses era vastísima y porque la constante originalidad del sujeto no se presta a una ordenación sistemática.

La fortuna, como deleitándose, había querido reunir en él todas las más caras perfecciones; ni la belleza física quedó ausente (facciones finas en un noble rostro, verdad y claridad en su mirada). Dotado de una ágil inteligencia, que califican de extraordinaria ya sus profesores del Instituto Nacional, estaba destinado a triunfar ampliamente en esta gran lucha por la vida de nuestra acente civilización. Si hubiera estado dotado de ímpetu ambicioso y codicia *arrivista*, habría sin duda llegado a ser un gran personaje; pero acaso sin proyecciones dignas de recuerdo.

Don Pedro Godoy prefirió otra vida; guiado por su fina sensibilidad y espíritu crítico, el análisis del orden social con sus injusticias y sus contrasentidos lo llevó a abrazar la causa de los humildes. Don Carlos Vicuña nos relata un gesto de don Pedro que da la medida de su altruísmo: ¡En cierta ocasión al no tener nada consigo ante la súplica de un pordiosero le ofrenda su par de zapatos y llega descalzo a su hogar! Se hizo pues anarquista con una sublime pureza de intenciones, con actitud de iluminado.

Más tarde asimila las ideas de Comte y logra un equilibrio interior, resultante del anarquismo y el positivismo.

¿Es que acaso es posible reconciliar estas teorías? Sí, porque gracias a sus condiciones superiores había arribado ya a un eclecticismo que le permitía captar de cada una de ellas aquellos conceptos que mejor encuadraban con su manera de ser. Levantóse así sólidamente su propia filosofía de la vida, porque era un ingeniero, no sólo experto en construcciones materiales. Su acendrada individualidad y su espíritu libertario de anarquista, celoso de la espontaneidad de lo más íntimo, lo hacía refractario a las disciplinas del positivismo que alcanzan hasta el sentimiento mismo. Pero lo aproximaba a la filosofía comteana una humildad verdadera, la humildad de los hombres superiores, que era comprensión admirativa ante esa humanidad que veneran los positivistas. Humanidad que supo amar don Pedro en la ciencia y en la ingeniería, en la institución del lenguaje y en las obras de arte.

Al tratar de definir la virtud más característica de don Pedro surge nuevamente la duda. ¿Cuál poner como la más relevante en esta personalidad riquísima? ¿El sentido de la responsabilidad o el amor por la libertad estará primero?

Su manera de concebir el sentido de la responsabilidad es impresionante. Como maestro prepara sus clases meticulosamente porque comprende en toda su trascendencia la función de enseñar y educar. En el complot de la calle Santa Isabel, fraguado por la policía de Eugenio Castro, que amedrentó a algunos compañeros, tomó para sí noblemente responsabilidades ajenas.

En su época de ingeniero ferroviario, luego de terminar las reparaciones de los puentes, esperaba debajo de ellos con su cuadrilla el paso del tren. Frente a un problema lo vemos siempre asumir integralmente la responsabilidad teórica y de hecho.

Su espíritu de justicia era admirable. Recuerdo en los últimos tiempos cuando llegaba a nuestra oficina de Endesa con dos diarios bajo el brazo: "El Diario Ilustrado" y "El Siglo". "Hay que informarse de los dos extremos, decía, para poder vislumbrar la verdad".

Don Pedro León Loyola llegó a decir de él que "era el hombre más ecuánime de Chile".

Su sentido de la libertad no le va en zaga. Practica la libertad sin jamás alcanzar a interferir la libertad de otros y la enseña con el ejemplo de su actitud independiente. Es tan celoso de ella que la cuida como uno de los atributos más preciados del alma. Cuando desempeña cargos rentados siempre lleva consigo una renuncia escrita de sus funciones. El percibir una remuneración crea fatalmente una dependencia que atenta contra la libertad del individuo. Para sentirse moralmente libre él sabe que en caso de discrepancias de ideas con sus superiores no tiene que supeditar sus opiniones por la conveniencia de la remuneración y la posibilidad de poder presentar inmediatamente su renuncia lo eleva interiormente.

Es digna de anotarse la facilidad con que don Pedro podía llegar a relacionarse con los humildes y granjearse su confianza. Era un hombre sencillo en su manera de vivir y en sus ademanes, fiel espejo de su alma transparente.

Era una característica muy suya una natural aversión hacia la falsa pompa y la ostentación. Parece que ello hubiera influido también en su lenguaje escrito

y hablado. Las pocas cosas escritas que se conservan de don Pedro revelan un estilo agradable, sobrio y ponderado. Su modo de hablar es parco, sin eufemismos, se diría un lenguaje directo. ¿Será la influencia de los anarquistas que expresan que todas las ideas, incluso las más complejas, pueden enunciarse en términos simples? ¿O será que a fuerza de desdeñar el oropel frente a lo fundamental, su lenguaje se hubiera decantado, dejando en suspensión todos esos lugares comunes sin valor intrínseco pero a veces necesarios como nexos de frases? Cualquiera que sea la razón, sus sentencias son siempre muy densas, con mucho contenido. Hacía reflexiones y decía cosas cuyo sentido inmediato era difícil de captar. A veces sus ideas o pensamientos tenían sólo importancia proyectados hacia el futuro: Otras veces era obscuro por ser poco explícito. Para captar a veces en sus clases todo lo que quería significar era importante saber comprender lo que decía y también saber valorar sus silencios.

Recuerdo cuando un alumno le preguntó, ante una pizarra llena de desarrollos matemáticos, el significado de una de las muchas expresiones escritas. Le mostró la ecuación de partida diciéndole: "todo parte de aquí" y señalando las operaciones intermedias, concluyó: "y llegamos acá" y sin decir nada más se quedó mirando al alumno con esa mirada suya tan singular, como tratando de traspararle la verdad. "Lo que debemos entregar a los alumnos, solía decir, no debe ser ni papilla que se trague, ni piedra que quiebre los dientes".

¡Y todavía no hemos hablado bastante de su bondad que irradiaba cuando el medio era receptivo! Por esa bondad era generoso y desinteresado. Sistemáticamente ayudaba a los obreros y a los necesitados; creo que lo único que le preocupaba en estos casos era cómo dar sin ofender. Pero ¡qué lejos estaba esa bondad de encubrir una debilidad de su coraza moral si el caso lo exigía!

Convencido de la justicia de su posición, se tornaba audaz. Siendo Rector descubrió los sucios manejos de fondos de un empleado de la Universidad. Al verse sorprendido el sujeto, desesperado un día irrumpió violentamente en la sala del Rector revólver en mano, intimidando a don Pedro para que encubriera su deshonesto actitud. Don Pedro como respuesta se irguió en su asiento y usando como única arma su insólita indignación obligó al atrevido a retirarse. Su noble rostro, iracundo, debe haber evocado una deidad mitológica.

Pero ante otras situaciones no podía actuar con violencia. En cierta oportunidad quería deshacerse de un señor muy empalagoso que le visitaba en su casa. No atreviéndose a sugerirle que se fuera le invitó a salir a caminar. Después de andar unas 30 cuabras su acompañante prefirió seguir en tranvía. A don Pedro le encantaba caminar y muchas veces se iba a pie de su casa en la plaza Ñuñoa hasta la Escuela de Ingeniería.

Su admiración por los grandes valores de la humanidad, sean estos hombres ilustres o instituciones de la cultura, lo llevaron a estudiar y profundizar la historia y la literatura clásica. Hablaba con soltura el inglés, el francés, el alemán y el italiano. Conocía bastante del latín y el griego, además del portugués y en menor grado el ruso. Es peculiar esta aptitud para los idiomas que poseía don Pedro Godoy. Parece que hay que ligarla con la facilidad para establecer contacto con su interlocutor y con sus convicciones humanistas. Su afán por los idiomas no

proviene de su gusto como gramático, sino que emana de su interés por comunicarse con otros seres y hacerse más universal.

Cuando habla francés, gracias a su plasticidad psicológica, se siente un poco francés, y cuando discurre en alemán es como si se adentrara un poco en la mentalidad germana.

Gracias a estos conocimientos que le permiten leer las principales obras literarias en su propio idioma, rodeadas de su propio ambiente, logra captar con rara precisión la psicología y la cultura de esos pueblos.

¿Qué más puede pedir una mente que aspira a la comprensión de la humanidad?

Sintió la avidez del conocimiento y su gusto por la astronomía lo llevaba a contemplar la esfera celeste con un telescopio que poseía. Además de lo infinitamente grande, lo fascinaba lo infinitamente pequeño. Con un microscopio de su propiedad pasó horas felices estudiando los misterios de la célula.

Don Pedro, a pesar suyo, era un espíritu romántico. ¿Qué hay de más romántico que su posición de anarquista en su juventud? En lugar de seguir la cómoda postura de los de su clase, en total renunciación de sí mismo, abraza la causa de los humildes.

En sus últimos años su varonil romanticismo está presente y tal vez exaltado después de una vida plenamente vivida.

Cultiva su jardín y cuida con esmero la "siempreviva", porque Rousseau ha dicho que los ojos de Mme. Warens son como las flores azules de la planta. Busca con afán la "ginka wilowa", árbol japonés cuya belleza fué exaltada por Goethe.

Su actitud frente a la comprensión de los fenómenos naturales es la de un verdadero científico; le agradaba observar con curiosidad y amor todas las cosas.

Demostraba sagacidad para desentrañar las relaciones objetivas que se esconden tras los significados aparentes y honradez para no dejarse influenciar por sus preferencias personales en la interpretación de los problemas.

Exhibía originalidad para buscar nexos entre hechos aparentemente distantes y aptitud para darle relieve significativo a los detalles.

Manténía una contención reflexiva ante la validez de su propio juicio.

Demostraba cautela para controlar sus interpretaciones y respeto hacia la naturaleza de los hechos sin hacerles nunca violencias en la búsqueda de una evidencia interior.

Entre los numerosos adjetivos laudatorios que le caben a don Pedro Godoy, en razón de su polifacética personalidad, si hubiéramos de otorgarle sólo uno, tendríamos que elegir el de sentimental; más que un hombre de ideas, que un intelectual, fué un hombre de emociones, porque don Pedro no dejó obra imperecedera que hoy sea testimonio de su valer. Para hacerla es menester una grande y tozuda capacidad de realización. Don Pedro era dueño de ideas ingentes y fecundas, pero más grande que ellas era su propio corazón que desbordaba amor por sus congéneres y por la naturaleza. De ahí la variedad de sus campos de cultivo y de ahí esa innegable condición de *dilettante* en un plano superior.

La presencia de don Pedro infundía una sensación difícil de describir. Cuando ingresaba en un círculo, todos sentían que el nivel de la reunión se elevaba; pero esto lo hacía casi sin hablar, sin estridencias, se diría casi a pesar suyo. ¿Qué era lo que irradiaba y qué hacía sentirlo como un hombre superior? Era que todos lo sentían bueno y sincero y de acuerdo con la hermosa máxima de los griegos, sincero consigo mismo; se diría, además, que había alcanzado esa cualidad tan rara de un perfecto equilibrio interior.

Cuando murió don Pedro, todos sentimos que había desaparecido algo perteneciente a nosotros mismos. Se había derribado un árbol inmenso que cubría a todos sus amigos y bajo el cual siempre podríamos encontrar protección en caso de tormenta.

Es sensible que don Pedro no haya dejado escrita sus ideas y su filosofía de la vida, porque cuando transcurran los años las generaciones futuras no sabrán por qué don Pedro Godoy fué grande.

La actitud de ciertos hombres frente al mundo no siempre es valorada por la posteridad en su justa medida, mayormente en personas no identificables con las grandes realizaciones materiales y cuyo recuerdo por ello se alimenta meramente de tradiciones orales, expuestas a extinguirse con prontitud. Don Pedro es uno de estos hombres; vivió en silencio, hizo el bien en silencio y describió una magnífica trayectoria por la vida procurando no hacerse notar. Don Pedro fué grande por su gigantesca estatura moral.

Los que le hemos conocido y hemos sentido el hechizo de su personalidad subyugante podemos proclamar aquí: ojalá que la humanidad fuera como fué don Pedro Godoy: noble, desinteresado, generoso, de ideas avanzadas, pero sin llegar jamás a la violencia.

Esa mirada clara tan bien lograda por el artista deberá seguir escudriñando, inquiriendo la verdad como luminosa antorcha que señale a las generaciones futuras: *este fué un hombre.*